

Siempre se ha considerado el retrato como una de las manifestaciones más difíciles para el pintor, ya que, para captar el espíritu del retrato, es necesario dar, a los ojos, fuego, al semblante, luz y que la figura esté llena de vida. El propio Solís Avila nos ha dicho frecuentemente que la mayor dificultad del retrato estriba en los ojos y la boca — el que esto firma tenía entendido que, asimismo, las manos entrañaban un arduo problema a resolver— y que los ojos hay que «captarlos psicológicamente».

Pues bien; examinando la producción de Solís Avila, sus prodigiosos retratos y aplicando lo que quedamos anotado, obtendremos consecuencia de que ofrecen el vigor, el hálito de vitalidad cual si la sangre corriera, circulase por las figuras. He aquí por lo que estamos identificados totalmente con el juicio sereno del crítico Cecilio Barberán cuando sostiene que, en los retratos de Solís Avila, «reina su maestría, ésta que precisamente le mantiene entre los primeros retratistas españoles».

El amor de Solís Avila a su tierra.

Solís Avila, dibujante espontáneo y consistente, paleta brillante en la que se observa su natural facilidad, sigue la línea de los grandes maestros Velázquez, Ticiano y Goya. Quince minutos y cinco sesiones le bastan para ejecutar sus dibujos y retratos, respectivamente, con el acierto en él habitual.

Mucho enorgullecen a Extremadura los triunfos resonantes de Solís Avila en España y fuera de España—ha trabajado para Argentina, Méjico, Norteamérica, Francia, etc.—pues con su firma va también el nombre de nuestra región. Pero lo que nos satisface en alto grado del paisano esclarecido es su apasionado amor al paisaje nativo, reflejado en su labor pictórica—sus cuadros tienen la luz de Extremadura—y su hondo afecto al terruño, como lo demuestra con sus anuales permanencias en Garciaz y Madroñera.

El tributo de la provincia,

La provincia de Cáceres ha sabido tributar a Solís Avila el homenaje de admiración, gratitud y simpatía a que es acreedor por sus méritos excepcionales. Madroñera dedicó su nombre a la calle donde está enclavada la casa en que nació. Garciaz—pueblecito al que se ha vinculado por motivos afectivos—y Cáceres en frecuentes ocasiones le han rendido sinceros tributos. En 1949 la Diputación cacerreña le honró con un artístico pergamino, obra del laureado dibujante Lucas Burgós Capdevielle.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS



LA GUITARRA

¡Cuántas veces tus notas
alegraron la casa!

¡Cualquiera te conoce
de esa pared colgada!

Un polvillo sutil
se metió en tus entrañas;
ya no cantas, labiera,
como siempre cantabas.

Tu bordón está roto
y tu prima saltada;
no te estremeces toda,
ni suspiras, ni amas
en el cálido nido
de florida ventana,
bajo el hechizo mágico
que en la noche de p'ata
con los luceros tejen
el jazmín y la albahaca.

Tus cintillas de seda,
de color rojo y gualda,
tremolantes de júbilo
cuando yo te pulsaba,
parecen por lo adustas
jirones de mortaja,
y en el melifluo arcano
de tu caja acordada,
tus sonos armoniosos

ni por lo bajo cantan.

¡Eres como el sepulcro
de mi existencia vana!

Entre tus cuerdas flojas
muda quedóme el alma.

Cómo viene la muerte
tan quedito. ¡Mal haya,
mal haya sea la hora
en que a mis puertas llama!

¿Te acuerdas?... Mi Andresillo,
con sus manos ingravidas,
de tu tenso cordaje
los sonos arrancaba
y al vibrar tu bordón
con grave resonancia,
inquiría, confuso,
del acorde la causa.

¡Ningún quehacer más dulce
que calmar en su marcha
a través de las cosas
del espíritu el ansia!

En la huesa Rosario,
mi mujer, la Galana,
como solían decirla

por lo juncal y guapa,
 —¡qué majeza la suya,
 qué salero y qué gracia:
 el talle quebradizo
 de tan sutil, la cara
 mezcla de rosa y nardos
 y los ojos dos ascuas
 a los claros luceros
 por su Criador robadas—
 dos cosas en el mundo
 tan sólo me quedaban:
 mi Andresillo, primero
 y después mi guitarra.
 Mi Andresillo, aire y luz,
 algo así como un alma
 de materia desnuda:
 ardiente la mirada,
 como si un fuego interno
 su pecho devorara;
 tan nítidos los dientes
 que eran como de nácar;
 menudito y cenceño,
 de Rosario la labia
 y un ceceo andaluz
 de su lenguaje salsa.
 Mi guitarra .. ¡Oh el encanto
 de las noches orgiásticas!
 Con qué garbo y hechizo
 sus acordes sonaban
 del Jerez al conjuro,
 en colmados y tascas.
 Estrépito de vasos,

crótalos y risadas,
 unos tientos, la copla
 zahareña, aguda, cáustica,
 que tiembla en el misterio
 de la noche estrellada;
 el requebrar goloso
 de una boca satánica,
 rezumante de vino,
 parlera, desatada;
 la furtiva conquista
 de dos labios que sangran
 por lo encendido y rojos,
 las venas que se inflaman,
 un castizo bolero,
 cien olés y mil palmas,
 de chatos varias rondas
 y las horas que pasan
 sin que el terrible hastío
 sus secas fauces abra.
 Y al volver de los toros
 de una tarde en Chiclana,
 con Lagartijo y Guerra
 mano a mano en la plaza;
 vino, moscas, disputas,
 enjaezada jaca
 pisando con donaire
 la arena calcinada;
 los agudos rehiletos
 que en el morrillo clavan
 de un tinto jarameño,
 y un fuerte sol que abrasa
 y en los caireles pone

relumbres de oro y plata.
 Polvoriento el camino;
 la diligencia pasa;
 el mayoral blasfema
 al restallar la tralla,
 corcovea el tordillo
 que va delante, pasa
 de uno en otro la bota,
 y en la tarde dorada
 se oye el dulce, acordado
 vibrar de mi guitarra.
 O en la noche lunera,
 tibia, olorosa, plácida,
 en típico colmado
 del barrio de Triana,
 con hembras de tronío
 lindamente ataviadas:
 mantoncillo de talle,
 verde, pajizo y grana;
 tumbagas de oro y cobre,
 coral en la garganta,
 de Carey la peineta
 en el negror plantada
 de un pelo ensortijado,
 con reflejos de alpaca;
 de gayos colorines
 la rumorosa falda,
 que en fruncidos volantes
 hasta los pies se alarga;
 dos puñales por ojos
 y la tez bronce y nácar.
 ¡Oh consorcio divino
 de la noche y el alba!

Los palillos dispuestos,
 la señal sólo aguardan
 del tocador que afina
 muy quedo la guitarra;
 un fuerte carraspeo
 del mocito que canta;
 dicharachos y gritos
 de unos en otros saltan;
 en los ojos lascivia
 y en los labios la guasa...
 ¡Cómo fluye picante
 si el Jerez la acompaña!

¿Por qué viene la muerte
 tan quedito? ¡Mal haya,
 mal haya sea la hora
 en que a mis puertas llama!

Un abrioleño día
 que olía a mejorana,
 con áureo sol luciendo
 sus primorosas galas,
 desazonado y triste
 dejé a Andresillo en casa.
 Salté sobre el caballo
 que fuera me esperaba,
 y a prisa y jaranero
 me encaminé a la Grana.
 ¡Una tienta!... ¡Dios santo!
 como eso no hay nada.
 Un añojo retinto
 que arremete con rabia

al jinete, garboso
sobre una yegua baya.
¡Tolón! ¡tolón!... los mansos;
se encabritan las jacas
y hacen mil cabriolas
al pasar la vacada;
un overo relincha
y un cornicorto brama;
zahones, guayaberas,
cordobeses y fajas;
de garridas mujeres
las carretas colmadas;
claveles sobre el seno,
en los ojos dos brasas,
gritos, sustos, rechifla,
chicoleos, sal ática
de donosos decires
rejón, perfume o llama;
fulgor de amontillado,
bocadillos, dulzainas,
y cantares muy hondos
que del alma se escapan
porque el alma no supo
arrancarles las alas...

Tornamos al cortijo
la tiente terminada;
cuando de pronto: —¡Curro
—resuellan a mi espalda —
¡Tu Andresillo se muere!
¡Ay que horrible desgracia!...
¡Corre, Rondeño, corre,
que la muerte no aguarda!...

Del bordón un lamento
en el aire se apaga.
Presuroso y transido
abandoné la zambra
en su herviente apogeo
de jipíos y danzas.
Un temblor de epilepsia
en mi cuerpo, y un ansia
de muerte que me hinca
en el pecho su zarpa.
Monté sobre una potra
que a mi paso encontrara;
la clavé las espuelas
en el ijar con saña,
y en menos de una hora
a mi puerta llegaba;
lívido, sudoroso,
jadeante, sin habla.
(De la calle, en las losas,
la potra reventada)
Tremante de ansiedad
atravesé la estancia:
mi pobre corazón
dentro del pecho salta
como el pájaro arisco
que meten en la jaula;
el pasillo y la alcoba,
cabe el lecho la *Chacha*...
—¡Ay padrecito mío
no oiré más tu guitarra!...
Me arrodillé de súbito
y exclamé: —¡Calla, calla,
que una angustia tremenda

mi corazón desgarrar!...
Y sin saber qué hacía,
con dulzura y con rabia
en monstruosa cópula
ferozmente trenzadas,
en mis manos febriles
afiancé la guitarra...
y sus cuerdas trocaron
en acordes mis lágrimas.
Un ahilado suspiro
traspuso su garganta,
como de una saetilla
el ápice cantada...
Sus ojos se cerraron,
las manecitas pálidas
abandonó en su pecho,
temblorosas y castas:
del sol un hacecillo

se desató en la cama...
¡Su misera prisión
había roto el alma!
¡Cómo viene la muerte
tan quedito! ¡Mal haya,
mal haya sea la hora
en que a mis puertas llama!

¡Cuántas veces tus notas
alegraron la casa!
¡Cualquiera te conoce
de esa pared colgada!
Un polvillo sutil
se metió en tus entrañas;
ya no cantas, labiera,
como siempre cantabas.

PEDRO ROMERO MENDOZA

Lea Ud.

« ALCÁNTARA »

y propáguela entre sus amistades.

De este modo contribuirá a difun-

dir, dentro y fuera de nuestra re-
gión, las letras extremeñas.